



3. ¿ES EL HOMBRE UN REINO DE LA NATURALEZA?

Desde el siglo XVIII, cuando surgió el mito del “Progreso Indefinido”, nos hemos acostumbrado a acusar de ignorancia a nuestros antepasados y a despreciar los conocimientos científicos medievales y de la antigüedad. Sin embargo, si se estudia la cuestión con cuidado, resulta que somos nosotros los que solemos dejarnos arrastrar por las apariencias y los que fomentamos la aparición y difusión de falsos mitos y afirmaciones que no se ajustan a la realidad, que se extienden con rapidez a través de los medios de comunicación de masas y en poco tiempo llegan a ser casi imposibles de corregir.

Uno de esos mitos es la afirmación de que el hombre, que durante la edad media creía ser lo más importante del universo, ha perdido esa valoración como consecuencia de los descubrimientos de la ciencia moderna. Primero fue Copérnico, en el siglo XVI, que sacó a la Tierra del centro del universo. Más tarde, en el siglo XIX, Darwin probó que el hombre es una especie entre muchas. A finales del siglo XX, el estudio del genoma humano demuestra que somos idénticos a los chimpancés y poco diferentes de las moscas. Hoy muchos biólogos están convencidos de que ningún criterio permite afirmar que el hombre sea una especie única, distinta de las demás.

Los medios de comunicación presentan siempre los descubrimientos sobre el genoma humano de manera tendenciosa, para rebajar nuestra dignidad, cuando en realidad se trata de simples constataciones numéricas sin consecuencias. Se dice, por ejemplo, que el genoma humano coincide con el del chimpancé en un 98,5%. De ahí se quiere deducir que somos prácticamente idénticos al chimpancé. Se ignora, por supuesto, el fenómeno del cambio de estado, tan común en la física: ¿acaso son idénticas el agua pura a la presión normal y 273°K y la misma agua a 274°K? Lo que demuestran los datos sobre los genomas del hombre y el chimpancé es que un 1,5% de diferencias fue suficiente para atravesar el umbral de la razón, que nos ha colocado en un nivel completamente diferente.

Un artículo publicado en la revista Nature, el 27 de mayo de 2004, describe los resultados de una comparación entre los genes funcionales de un cromosoma humano con el correspondiente del chimpancé. Como se esperaba, el 98,5% de los nucleótidos coinciden, pero 47 de los 231 genes funcionales comparados difieren entre sí y producen proteínas distintas. En otras palabras: ese 1,5% de diferencias en los nucleótidos se distribuye a lo largo de muchos genes y da lugar a una diferenciación genética superior al 20%. Esta noticia no ha recibido en los medios la misma atención que la anterior. Al aumentar la diferencia genética entre el hombre y el chimpancé, nos aleja de los animales, por tanto es mejor

ocultarla. Planteo una pregunta: ¿son honrados los medios de comunicación o más bien actúan como servidores de una ideología?

La dignidad biológica de la especie humana no debe calcularse en función del número de sus genes ni de sus coincidencias con otras especies, sino en función de sus obras, del modo en que interacciona con el medio ambiente. ¿Cómo se comparan nuestras obras con las de otros seres vivos?

Por primera vez en la historia de la Tierra, una sola especie ha sido capaz, por sí sola, de cambiar el aspecto del planeta. La superficie de los continentes está salpicada de ciudades, carreteras, autopistas, puertos... De noche, los continentes se convierten en fuentes de luz en una parte considerable de su superficie, gracias a la iluminación nocturna. Además, ha cambiado el espectro de radiofrecuencia de la Tierra, que por la acción del hombre se ha convertido en emisor de ondas en casi todas las frecuencias. En los albores del siglo XX, con la conquista de las tierras polares antárticas, el hombre se convirtió en la única especie que ha conseguido invadir el mundo entero. También somos el único ser vivo capaz de manipular conscientemente la evolución de otros seres vivos, y la única especie capaz de provocar una extinción masiva.

Se dirá que no podemos sentirnos orgullosos de algunas de estas obras, que somos moralmente responsables ante la vida en la Tierra por los destrozos que causamos. De acuerdo. Pero esto mismo nos hace distintos: somos la única especie viva que se ha planteado esta cuestión y que ha desarrollado un sentido moral, que no sólo afecta a nuestras relaciones con otros miembros de la misma especie, sino que incluso nos hace responsables ante las demás.

Es evidente que, con la aparición del hombre, se ha cruzado un umbral, ha tenido lugar un cambio de estado. Al atravesar este punto crítico, la vida pasó de la evolución genética a la evolución cultural, más rápida y flexible. El carácter único del hombre, como especie creadora de cultura, es incontrovertible. Teniendo en cuenta estas cosas, algunos biólogos modernos han llegado a sostener que el hombre debería clasificarse en un reino propio, al mismo nivel que las plantas y el resto de los animales, pues su impacto ecológico sobre la Tierra ha sido al menos tan grande como el de las primeras y mayor que el de todos los animales juntos. Existen pruebas abrumadoras de que el hombre es la cima presente de la evolución. Por supuesto, esto no significa que deba seguir siéndolo en el futuro, que la historia de la vida haya llegado al final.